

ARKHAM
HORROR

INVESTIGACIONES SINIESTRAS

∞ ANTOLOGÍA VOLUMEN UNO ∞



JENNIFER BROZEK
RICHARD LEE BYERS

minotauro

ARKHAM HORROR

INVESTIGACIONES SINIESTRAS

Antología, Volumen Uno

JENNIFER BROZEK
RICHARD LEE BYERS

minotauro

Investigaciones siniestras: Antología 01

Published by Aconyte Books, 2022

Copyright 2025 © Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.

Arkham Horror y el logotipo de FFG son marcas comerciales

de Asmodee Group y / o sus afiliados.

Originally published as *Grim Investigations. The Collected Novellas, Vol.2.*

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Rocío Morón, 2024

Ilustración de cubierta: Anders Finér

Revisado por: El Taller del Libro

ISBN: 978-84-450-1862-0

Depósito legal: B. 13.890-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Insíbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

La lucha contra el Viento Negro de Jennifer Brozek 9

La sangre de Baalshandor de Richard Lee Byers. 143

CAPÍTULO UNO

Hay sucesos y personas que cambian nuestra vida para siempre. Sin embargo, no acostumbramos a reconocerlo. Mi perspectiva, mi cosmovisión, mi vida se han alterado tanto que siento que tengo que dejar constancia de lo ocurrido. Siempre recordaré esta semana como un punto de inflexión. Siempre recordaré a Josephine como el catalizador de este cambio.

Todo comenzó como suelen comenzar estas cosas: en un día normal. Ya había atendido a todos mis pacientes habituales, y entonces conocí a una nueva, la señorita Josephine Ruggles. Nuestro primer encuentro fue un ensayo sobre las dinámicas de poder entre paciente y médico.

Josephine, heredera de la fortuna de la editorial Ruggles, estaba sentada en el borde de un mullido sillón, con la espalda recta y la barbilla en alto. Aún no se había convertido en uno de los desafortunados anónimos del manicomio que caminaban de acá para allá con los hombros hundidos y la mirada ausente. Todavía llevaba un vestido de lino fino de color amarillo pálido que acentuaba la calidez de su piel de color beis tostado. Su cabello de ébano formaba ordenados rizos que llevaba recogidos con un lazo. Una pequeña cruz de oro le adornaba el cuello.

A primera vista, Josephine era una encantadora joven de buenos modales y educación exquisita. Eso si uno ignoraba la bata celeste que llevaba sobre el vestido de lino, si hacía caso omiso de sus ojeras oscuras y sus ojos marrones vacíos, y si no se fijaba en el ligero temblor de sus manos, que se afe-

rraban a la tupida seda de una prenda que no se suele llevar fuera del dormitorio.

Al principio, la dolencia que padecía, pesadillas que la dejaban cubierta de sangre, parecía ser un complejo autolesivo común. Entonces vi las heridas. La mente es poderosa, pero yo nunca había visto que produjera unas heridas como aquellas.

En aquel momento no tenía ni la menor idea de que esas heridas no eran más que el primero de los muchos misterios a los que me enfrentaría tratando a Josephine.

—No me cree, doctora Fern. —Josephine tenía una suave voz de contralto, algo ronca por la fatiga.

Aquel era un desafío diseñado para producir una reacción maniquea: la incredulidad engendraba desconfianza, y la creencia permitía que el paciente manipulara al doctor. Yo no mostré ni la una ni la otra.

—Aún no hemos comenzado la primera sesión, señorita Ruggles. —Mientras Josephine meditaba mi respuesta, consulté los medicamentos que estaba tomando mi nueva paciente. Todos servían para que el descanso fuera apacible y sin sueños.

Josephine señaló las notas que yo tenía en las manos.

—Comenzó cuando se puso a leer eso, *doctora*. No me cree.

¿Qué era lo que no creía? Mi paciente tenía pesadillas, pese a la medicación que tomaba para evitarlas, y se autolesionaba por la noche. Su forma de decir «doctora» me hizo preguntarme qué tipo de desencuentros había tenido con el doctor Mintz. Quizás fuera de ahí de donde nacía su hostilidad.

Su historial no ponía nada concreto. Pero, bueno, muchos de los experimentos más esotéricos que hacía el doctor no quedaban registrados por escrito en documentos públicos. Sin dejar que el desagrado se reflejara en mi expresión, tomé asiento en el sillón que había junto al de Josephine.

—La escucho. Por favor, cuénteme lo que piensa que no me creo.

Josephine suspiró.

—Las heridas..., las *palabras* que tengo en la espalda. No se cree que las provocaran lo que hay en mis sueños. Aunque están en lugares a los que no alcanzo. Aunque están frescas y alineadas, como salidas de una imprenta.

Nada de lo que Josephine insinuaba era posible, por supuesto. Sin embargo, al principio siempre dejó una puerta abierta para que mis pacientes puedan explicar sus fantasías. Es una forma de ratificar o refutar lo que dicen.

—No he visto tus heridas. No puedo juzgarlas.

Josephine se puso en pie de golpe, como si fuera un títere al que hubieran tirado de las cuerdas. Me dio la espalda y se abrió la bata. Tras la caída casi inaudible de la tela al suelo, se hizo evidente el motivo por el que llevaba la bata: la parte posterior del vestido de lino estaba manchada de marrón rojizo. Las filas de heridas sangrantes calaban la tela, marcándola con su imagen. Eran rectas y regulares. Aunque los pacientes no solían ser tan cuidadosos a la hora de autoinfligirse heridas, era posible.

—Malachi. Una vez él me dijo que quizás usted lo entendiera. Que usted había tratado de ayudarle.

Con un respingo, interrumpí mi examen de la espalda de Josephine y las manchas de sangre jeroglíficas que había en el lino.

—¿Malachi? —¿Cómo podía saber el nombre del paciente del Sanatorio de Providence que había sido asesinado? No había forma humana de que pudiera conocerlo; era un hombre sin hogar que vivía en otra parte del estado.

—Sí, Malachi. Antes lo veía en sueños. Ahora ya no está. Hace mucho que no lo veo. —La hermosa mujer se volvió con un solo movimiento controlado y fluido: otro testimonio de su fuerza interior y su espíritu, que el manicomio todavía no había estropeado—. ¿Lo entiende? ¿Me cree?

No la creía. ¿Hablaban con Malachi en sueños? ¿Cómo era eso posible? Por supuesto, no lo era. Josephine no podía estar

hablando de mi paciente asesinado. Eso sería ridículo. Tenía que estar hablando de otro Malachi. Al fin y al cabo, decía conocerlo por conversaciones mantenidas en sueños.

Oculté mi confusión recogiendo la bata de Josephine y poniéndome en pie. Se la ofrecí con una sonrisa amable que escondía la agitación que sentía dentro de mí.

—Quizás deberíamos empezar por el principio. Haga como si yo no supiera nada. Partiremos desde ahí.

Josephine se me quedó mirando durante un segundo largo, eterno, tras el que aceptó la bata y se la puso. Asintió una sola vez.

—El principio, pues. Si se le puede llamar así.

El corazón me martilleaba en los oídos cuando me senté de nuevo. Intenté alejar de mi mente la idea de Malachi. Tenía a mi paciente delante de mí. Necesitaba mi ayuda. Si la escuchaba con la suficiente atención, comprendería su auténtico trauma. Concentré todo mi ser en ella.

Cinco latidos más tarde, Josephine se sentó conmigo, convertida una vez más en aquella joven imperturbable de la alta sociedad. Pese a su comportamiento apacible, su máscara de control empezaba a resquebrajarse: las miradas inconscientes que echaba a mi despacho se detenían en las ventanas y la puerta como si buscara una vía de escape. Si no trabajaba rápido, la perdería e iría al manicomio.

—El principio. Hace tres semanas, me desperté gritando. Cuando mi criada entró corriendo en mi dormitorio, la pesadilla ya se estaba desvaneciendo. Lo único que recuerdo ahora es una espiral de símbolos y un laberinto de árboles en el bosque. —Josephine hizo una pausa, sin dejar de mirarme.

Asentí para animarla, manteniendo en silencio mi voz y mi pluma. Nada inusual, por entonces. Imágenes de estar perdida o fuera de control. Me pregunté qué habría ocurrido hacía tres semanas que pudiera haber provocado todo aquello. Tendría que descubrir qué había cambiado en su vida.

—En realidad, no recuerdo esas cosas. Las escribí en mi diario de sueños. Siempre he tenido sueños vívidos. Casi todos los miembros de mi familia los tienen. Mi hermano, Leland, soñaba aún más que yo. Unos sueños preciosos. —La tristeza empañó su rostro durante un segundo, pero luego desapareció para dejar paso de nuevo a aquella estudiada expresión de cortesía educada—. Aun con la medicación, sigo soñando, pero no recuerdo, no consigo recordar lo que sueño. —La mirada de sus ojos oscuros revoloteó por mi rostro, buscando algo—. No sé decirle por qué me atemorizaban los símbolos, ni el laberinto. Recuperé la compostura y continué con mi día a día. —Su mano, con las uñas bien cortadas, acarició el suave tejido de su bata.

Una vez más, no dije nada, pero le hice un gesto para que continuara. El silencio siempre era mi aliado. Parecía que Josephine tenía una vida de fantasía muy rica. No era algo demasiado inusual. Pero sí lo era que su familia alentara la fantasía en sus dos hijos. Estaba claro que habían hablado de sus sueños entre ellos.

Josephine miró al pasado con los ojos vidriosos.

—Pensé que sería una tontería aislada. Sin embargo, a la mañana siguiente volví a despertarme gritando, y también a la siguiente, y a la otra, y así una semana entera. Al despertar no recordaba los sueños. Me obligué a olvidarlos. No quería recordarlos. —Hizo una pausa—. Parte de mí sí quería. Pero me daba demasiado miedo descubrir la razón por la que me desgañitaba cada noche.

»Hace dos semanas, comenzaron a aparecerme heridas en la espalda. Primero fue un símbolo..., una palabra, quizá. Luego, lo que supongo que era una frase, hasta llegar hasta lo que acaba usted de ver: el párrafo que tengo grabado en la carne. Decidí venir aquí a buscar ayuda. La elegí a usted cuando me enteré de que trabajaba aquí.

—¿Cómo se enteró? —Me di cuenta de que Josephine había

empezado a incluirme en su narrativa. Había dado por sentado que yo creía que las heridas eran letras. O quizá no estuviera dispuesta a aceptar que no creyera que las heridas eran letras.

—El doctor Mintz la mencionó de pasada mientras hablaba con la enfermera Heather. Yo recordaba su nombre de Malachi. —Josephine me dirigió una sonrisa astuta—. Como estoy aquí por voluntad propia, aún tengo derecho a decidir quién me trata. Sospecho que el buen doctor no está muy contento con este giro de los acontecimientos.

Una vez más, reprimí el desagrado que me producían los experimentos del «buen» doctor.

—No lo dudo. Sin embargo, ¿le importaría que hablara con él sobre sus hallazgos? —Me preguntaba si Josephine le había mencionado a Malachi (su Malachi, no el mío) al doctor Mintz. Era un nombre que él debía de conocer.

No. Era una coincidencia, nada más. «Malachi» no era un nombre popular, pero tampoco inusual. No se estaba refiriendo al paciente que yo había perdido.

Josephine negó con la cabeza.

—No, no me importa. Pero no me someteré a sus experimentos. He podido ver el efecto que han tenido en algunos de sus pacientes cuando esas pobres criaturas han pasado por delante de mi habitación.

—Por supuesto. —Sopesé mis palabras con prudencia. No quería mostrarme ni de acuerdo ni en desacuerdo con ella. Aún estábamos estableciendo la confianza. Tenía que asegurarme de comprender lo que me estaba diciendo. El resumen clínico sería el punto de partida de futuras conversaciones—. Según entiendo, lleva usted tres semanas sufriendo pesadillas, pero no recuerda de qué tratan. ¿Es correcto?

Josephine dedicó un momento a sopesar mis palabras y asintió.

—Las heridas comenzaron a aparecer hace dos semanas. ¿Siempre se localizan en la espalda?

—No. La primera la tuve en el costado. —Se tocó la cadera izquierda—. Era una sola marca. Después de eso, se trasladaron a la espalda.

—¿Y se le curan? —Quería tomar notas, pero escribir crearía una barrera entre nosotras. Un solo trazo con la pluma y pasaría de confidente a doctora. Y, una vez rota, la confianza era difícil de reconstruir. Por el momento, tendría que fiarme de mi memoria.

—Algunas. Aunque se renuevan cada noche. Me temo que viviré siempre con las cicatrices.

—¿Le ha aparecido alguna nueva en el último par de días? —De ser así, significaría que su enfermedad continuaba avanzando. En caso contrario, se habría estabilizado... quizá porque había sabido que yo iba a ser su nueva doctora.

Josephine negó con la cabeza.

—No, que yo sepa. Pero tengo la espalda tan llena de letras que no sabría distinguir si hay algo nuevo. El dolor es el mismo: un escozor generalizado por toda la espalda, que alcanza cotas muy altas al despegar la tela de la piel.

Apoyé la barbilla en la mano un momento, pensativa. Como médica de la mente, no realizaba exámenes físicos a mis pacientes a menos que fuera totalmente necesario. En aquel caso, me parecía que lo era. Tenía que ver las heridas para hacer un seguimiento y determinar el progreso de su curación. Eso también me daría una idea más clara de lo que podía haber provocado su aparición.

Decidida, me puse en pie.

—Señorita Ruggles, necesito ver sus heridas. También necesito copiarlas a mano y tomar una impresión. ¿Me lo permite?

—Y ¿qué va a hacer con eso?

—No lo sabré hasta que las haya visto. Es relevante averiguar cómo se hicieron las heridas. Verlas me permitirá saberlo. —No cerré la puerta a que las afirmaciones de Josephine sobre

sus heridas fueran ciertas. También le permití disfrutar de la dignidad de poder negarse y proteger sus invenciones.

Aunque no dije que pensara que eran autoinfligidas, vi que la decepción, el miedo, la determinación y finalmente la aceptación cruzaban el rostro de Josephine. Había decidido que yo no la creía, pero tenía la sensación de que mi examen validaría su creencia de que las marcas las provocaban sus sueños, que no se las causaba ella misma.

Yo, por otra parte, esperaba ver lo que siempre había visto: la típica piel desgarrada de las heridas autoinfligidas con las uñas. Por muy regulares que fueran.

Josephine inclinó la cabeza.

—Se lo permito. Mi criada está esperando junto a su despacho.

Hanna, la criada de Josephine, era una dama de compañía de los pies a la cabeza. Llevaba un vestido negro de buena calidad y un delantal blanco. Su piel de color sepia estaba limpia y cuidada, y se había recogido en un moño apretado sus cabellos negros, con una veta gris. Su rostro estaba adornado con las arrugas que producen las sonrisas y no tenía los callos de las criadas que se dedican a todo tipo de tareas. Al parecer, Josephine era su única prioridad.

Las dos mujeres se sentían tan cómodas la una con la otra y con sus respectivos roles que compartían un sofisticado lenguaje mudo. Se entendían a un nivel que pocos alcanzaban. No cabía duda de que Hanna iría hasta el fin del mundo por su señora. Quizás pudiera concertar una cita a solas con la criada para ver si había algo que la paciente no pudiera contarme y ella sí.

Eché el pestillo del despacho mientras Hanna ayudaba a Josephine a quitarse el vestido. Pocas veces me interrumpían durante una sesión, pero alguna vez ocurría. No quería que hubiera ningún error.

Un siseo a mis espaldas me llamó la atención. Al volverme,

vi a Hanna despegando la tela de lino de la espalda de Josephine. La criada alargó el brazo hacia un paño suave de la cesta que había traído consigo: otra previsión de la joven señorita Ruggles, no cabía duda. Levanté una mano y también la voz.

—Espere, por favor. Déjeme ver primero.

Hanna miró a Josephine, que consintió con una inclinación de cabeza.

—Disculpe, señora. Normalmente le vendo las heridas cada mañana. Salvo hoy.

A primera vista, la espalda de Josephine me pareció un amasijo sanguinolento, pero poco a poco las marcas se hicieron evidentes. Miré más de cerca, centrándome en una de las heridas. La piel sobresalía hacia afuera, como si la marca hubiera *salido* de ella, en lugar de ser fruto de un arañazo externo. Mientras la contemplaba, la herida se convirtió en un glifo ante mis ojos. Entonces, las filas de marcas se convirtieron en frases. Sí que eran letras. Me sentí atraída por ellas. Resultaban conocidas y extrañas al mismo tiempo.

—¿Y bien? —preguntó Josephine.

Abandoné el hilo de pensamiento que había estado siguiendo y volví a centrarme en mi tarea. ¿Cómo podía haber pensado que eran letras? No eran más que filas de heridas, no glifos. Tenía que determinar cómo se habían producido.

—Un momento, por favor.

Cuando uno se rasca una herida una y otra vez, deja un surco. He tenido pacientes que se arrancaban las costras hasta sangrar. Los bordes de aquellas heridas también se levantaban. Sin embargo, los bordes siempre iban cambiando con el proceso de curación y el daño causado al arrancarse las costras.

Aquellos bordes, en cambio, eran rectos y regulares. Toqué la espalda de Josephine con la punta de un dedo, pasándolo sobre una de las marcas. Noté el tacto áspero de la sangre medio seca contra mi piel, pero la carne que había debajo estaba suave. Era como si se tratase de la primera vez que se infligía aque-

lla herida, pero los cortes llevaban ahí más de un mes. Aquello no era una rotura repetida de la piel. Aquello no debería ser posible.

—Si no le importa, Hanna, vaya limpiando las heridas de una en una. Yo las iré copiando. Cuando ya tenga una dibujada, pase a la siguiente.

—Sí, doctora.

—Señorita Ruggles...

—Llámemme Josephine. Ya somos... *íntimas*, ¿no?

Aunque la joven no se dio la vuelta, me di cuenta de que me estaba sonriendo, o tal vez sonriendo por un chiste interno.

—Como quieras. Josephine. ¿Las heridas te siguen sangrando a lo largo del día? —Me pregunté si se habría dado cuenta de que yo no la había invitado a tener conmigo la familiaridad de llamarme Carolyn. Creyera ella lo que creyera, no éramos amigas. Como médica y paciente, había límites que debíamos mantener.

—A veces. Cuanto más difícil me resulta el día, más reaccionan las heridas.

—Gracias. —Miré a Hanna asintiendo con la cabeza—. Comience, por favor.

Ahí estábamos las tres, la heredera, su criada y yo: un retrato de preocupación. Josephine se sujetaba el vestido contra el cuerpo para conservar el pudor. Hanna le iba limpiando las heridas una por una, dejándome tiempo para copiarlas con exactitud antes de pasar a la siguiente. Un pesado silencio llenaba el aire: no incómodo, expectante.

Cuando Hanna acabó de limpiar la sangre de la última marca, más de la mitad habían comenzado a relucir y supurar de nuevo. Saqué uno de mis pañuelos limpios de un cajón del escritorio y lo desplegué.

—Lo presionaremos contra la espalda de Josephine con un solo movimiento —le indiqué a la criada—, y lo retiraremos en cuanto hayan quedado marcadas todas las heridas. —Aque-

lla fina tela blanca no tardaría mucho en capturar el conjunto de todas las heridas.

Entre las dos cubrimos la espalda de Josephine. Presioné la tela con la mano, con mucho cuidado. La sangre de los glifos —las heridas— la traspasó de inmediato. Asentimos con la cabeza y retiramos juntas el pañuelo, llevándonos con él una réplica perfecta de la escritura que parecía salir a la fuerza de la piel de Josephine.

La forma en que la sangre impregnó la tela me trajo otra imagen a la mente: la sangre abriéndose paso a través de la piel en una mirada de pinturas religiosas. Mientras Hanna le vendaba las heridas a su señora y la ayudaba a vestirse de nuevo, una idea me sobrevino: estigmas.

Fuera cual fuera el trauma que afligía la mente de Josephine, era posible, incluso lógico, que su única forma de expresarlo fuera la manifestación de síntomas similares a estigmas. Sonreí, aliviada. De alguna forma, había encontrado una posible respuesta.

Pero antes tendría que consultar con el «buen» doctor Mintz.